

Ponthión una embajada al rey lombardo, conjurándole á que «por respeto á San Pedro y á San Pablo no se dirigiera como enemigo contra Roma;» pero habiendo sido infructuosa esta súplica, el ejército franco partió para Italia en 754, probablemente en el mes de agosto, pasando por Lyon y Vienne y llegando por el valle del Arc á Saint-Jean-de-Maurienne. Una nueva embajada íntima entonces al rey de los lombardos para que «restituya pacíficamente y sin efusión de sangre lo que pertenece á la república de los romanos (1),» intimación á la cual contesta aquél con amenazas. El ejército pasa los Alpes y derrota á Aistulfo en Susa; y después de este hecho de armas, que el papa declara milagroso, los francos avanzan hasta Pavia, incendiando y saqueando los alrededores de esta ciudad.

A pesar de estas victorias, la aristocracia franca seguía siendo hostil á la política romana de Pipino, cuyos consejeros amenazaban abandonarle. Aistulfo, obligado á entrar en negociaciones, dirigióse á estos últimos, pidiendo la paz «por mediación de los sacerdotes y de los señores francos.» Pipino acogió favorablemente estas proposiciones, á pesar de la oposición del papa Esteban, que denunció en términos vehementes la perversidad de los lombardos y la mala fe de su caudillo, y en un tratado firmado probablemente en el mes de octubre, Aistulfo se comprometió á restituir «la ciudad de Rávena con otras varias ciudades del Exarcado y de la Pentápolis,» á reparar los agravios por él inferidos á la sede apostólica y á no molestar á ésta en lo sucesivo. El rey lombardo se obligó en esta forma con el rey de los francos y á él entregó sus rehenes, prometiéndole además un tributo anual y una indemnización de guerra.

El papa regresó á Roma acompañado de una escolta que mandaba Fulrado, abad de Saint-Denis, y Pipino volvióse á Francia con los rehenes. Entre las cláusulas del tratado de 754 hay una que tenía especial importancia, por la cual se disponía que las ciudades restituidas (2) por los lombardos debían ser entregadas al papa.

Esta donación constituía un atentado contra los derechos del emperador, señor legítimo de Italia, pero era asimismo la consecuencia de una larga serie de acontecimientos. De algunos siglos á aquella parte no habían cesado de aflojarse los lazos que unían al Occidente y al Oriente, y tiempo hacía que se había desvanecido la vaga supremacía de los emperadores bizantinos sobre los reyes germánicos; así es que Pipino no se creía súbdito del emperador, puesto que era el elegido de los francos consagrado por la Iglesia. Cierta que Italia había sido reconquistada por los bizantinos, que formaba parte integrante del Imperio, salvo algunas porciones ocupadas por los lombardos, y que al Imperio estaba sometido el papado desde que los emperadores se habían hecho cristianos y habían adquirido gran autoridad sobre la Iglesia; pero, andando el tiempo, esta sujeción habíase hecho intolerable al papa. Careciendo éste de fuerza material y no estando organizado su poder espi-

(1) La república de los Romanos (*respublica Romanorum, respublica romana*) era entonces el exarcado de Rávena; pero después de la donación de Pipino, aquella expresión tendrá otro significado y servirá para designar el Estado pontificio.

(2) Rávena, Rimini, Pésaro, Faro, Cesena, Sinigaglia, Jesi, Forlì, Urbino, Cagli, Gubbio y Narni.

ritual, necesitaba un protector eficaz; y como de Constantinopla sólo recibía afrentas para él y peligros para la fe, dirigióse instintivamente á las potencias nuevas, á los reyes germánicos de Galia, Gran Bretaña y España. Las relaciones entre el papa y los reyes francos, que muy pronto alcanzaron preponderancia sobre los demás príncipes bárbaros, habían comenzado en la época de los Merovingios y llegaron á ser íntimas, según acabamos de ver, con los caudillos austrasianos. En Germania habíanse encontrado en una acción común duques de los francos y obispos de Roma, unos y otros conquistadores que se prestaban mutuo auxilio. El peligro lombardo hizo que fuera más apremiante para el papa la necesidad de un protector, y la consagración estableció un lazo estrecho entre la nueva dinastía y la Santa Sede. La Iglesia, que saluda á los reyes carolingios con los nombres consagrados de David y Salomón, ha encontrado un nuevo pueblo de Dios que quiere utilizar para sus fines, y de este modo, por la fuerza misma de las circunstancias se desprende de la potestad caduca de la vieja Roma. El regalo de una tierra imperial que hizo Pipino á la sede romana es el comienzo de una historia nueva.

Aistulfo había cedido á la fuerza, pero violó sus promesas, se negó á devolver «una pulgada de tierra y puso nuevamente sitio á Roma (1.º de enero de 756).» 756 Esteban II escribió cartas y más cartas reclamando una nueva expedición franca; pero en vista de que los magnates seguían mostrando la misma repugnancia á combatir contra los lombardos, el papa dirigió «á Pipino, á sus hijos y al pueblo de los francos» una carta, redactada como si estuviera escrita por el propio San Pedro, en la que les pedía que defendieran «la mansión en donde sus despojos mortales descansaban.» La credulidad de los hombres de aquel tiempo permite suponer que los francos creyeron realmente recibir un llamamiento del apóstol; pero de todos modos, lo cierto es que en el Campo de mayo de 756 fué decidida la expedición.

Esta segunda guerra es enteramente análoga á la anterior: los francos llegan delante de Pavia; Aistulfo solicita la paz por mediación de los señores y de los sacerdotes francos, renueva sus promesas de fidelidad y promete ceder al papa las ciudades enumeradas en el tratado de 754 y además la de Comacchio; pero esta vez Pipino hace al papa una donación en regla.

En virtud del documento en que esta donación se formalizaba, el rey franco cedía á perpetuidad «á la Iglesia romana, á San Pedro y á los pontífices sus sucesores,» las ciudades concedidas en 754. Fulrado visitó en calidad de *missus* aquellas ciudades, cada una de las cuales le entregó sus llaves y rehenes, y luego regresó á Roma y depositó solemnemente las llaves y el texto de la donación sobre la tumba de San Pedro. El papa guardó el precioso documento en sus archivos, colmó de presentes y de honores al abad de Saint-Denis, y escribió á Pipino dándole las gracias. De este modo se constituyó el Estado pontificio.

Resueltos los asuntos de Italia, Pipino reanudó la lucha contra sus eternos enemigos: en 758 realiza una expedición contra los sajones que una vez más le prometen «cumplir sus voluntades;» en 759, la población gótica de Narbona entrega la ciudad á uno de sus lu-

gartenientes, siendo substituídos en ella los árabes por una guarnición franca; y en 760 empieza la gran guerra de Aquitania, que durará ocho años.

El duque Waifro era «joven, valiente y de inteligencia fértil en recursos.» Como sus predecesores, tenía á su servicio á los vasconios, y en la orilla izquierda del Loira sus fortalezas formaban una línea no interrumpida. Por una serie de actos hostiles, como la invasión de la Septimania y el asilo dado á Grippón, había descontentado á Pipino, quien acabó por pedirle una satisfacción, exigiéndole, entre otras cosas, la restitución á las iglesias francas establecidas en Aquitania de los bienes y de las inmunidades de que habían sido despojadas. Con esto aseguraba las simpatías de la Iglesia para su empresa, á la cual no eran menos favorables los magnates, pues desde los tiempos de Clodoveo los francos conocían y estimaban el camino de la fértil Limagne.

En 760, Pipino devasta el Berry «con todo su ejército;» en 761 el duque de Aquitania toma la ofensiva é invade la Borgoña, pero Pipino regresa con poderosas máquinas de guerra, destruye los castillos de Bourbon-l'Archambault y de Chantelle y se apodera de Clermont. En la primavera siguiente toma Bourges y el castillo de Thouars, y entonces Waifro hace desmantelar Poitiers, Limoges, Saintes, Périgueux y Angulema, á fin de impedir que el enemigo se establezca en estas plazas, mientras sus lugartenientes atacan la Septimania, el Lyonnais y la Turena. Los francos devastan el Limousín y las comarcas vitícolas inmediatas; en 763 avanzan hasta Issondún, llegan hasta el Vezere y tal vez hasta Cahors, y los aquitanos son derrotados en batalla campal, pudiendo el duque escapar á duras penas.

Pero durante esta campaña, el duque Tassilón de Baviera, que hasta entonces había cumplido sus deberes de vasallo para con el rey de los francos, faltó á sus compromisos y «nunca más, dice un analista, quiso ver al rey,» sin duda por haber comprendido que la causa de Waifro, defendiendo la independencia de su ducado, era también la suya. Waifro, aprovechando esta defeción, reclamó de Pipino, por medio de una embajada enviada á Worms, la restitución de las ciudades que le habían sido arrebatadas, á lo que Pipino se negó, absteniéndose, sin embargo, de guerrear durante dos años. Mas cuando hubo logrado, por mediación del papa, la neutralidad de la Baviera, el rey franco se revolvió contra los aquitanos, resuelto á terminar de una vez la contienda.

En julio de 766 reúne en Orleans «el ejército de los francos y de las numerosas naciones que en su reino habitan,» avanza hasta Agén, regresa por las comarcas de Périgueux y de Angulema y por el camino reconstruye las murallas de las ciudades y los castillos demolidos por Waifro. En marzo de 767 los francos atacan á la Aquitania por retaguardia, es decir, por Narbona y la Septimania, y ocupan Tolosa, Albi, Rhodéz y el Gevaudán. Pipino, después de haber vuelto al Norte, reaparece en el mes de agosto, trayendo consigo á sus hijos y á la reina Bertrada, á quienes instala en Bourges, en donde se manda construir un palacio y celebra una asamblea. Desde allí sale nuevamente en persecución de Waifro, que se ha refugiado en los castillos del Sur de Aquitania; pero al acercarse el invierno

vuelve á Bourges y el ejército establece sus cuarteles de invierno en Borgoña. En febrero de 768 se reanuda la persecución de Waifro, el cual es muerto y su familia capturada: «Entonces, dice un contemporáneo, conquistada toda la Aquitania, el rey regresa triunfalmente á Saintes, en donde residía la reina Bertrada.»

La toma de posesión de la Aquitania por los funcionarios francos se había realizado á medida que se verificaba la conquista. Pipino había instalado en ella condes y jueces de su elección y había promulgado en Saintes una capitular en la que se disponía que las iglesias abandonadas debían ser restablecidas y que los obispos, sacerdotes y abades tendrían el libre usufructo de los bienes eclesiásticos, y se confiaba (artículo 12) á los *missi* reales y á los señores aquitanos, reunidos en asamblea, el cuidado de adoptar las demás medidas que se estimaran necesarias. Aquella guerra de Aquitania diferencióse de todas las que los francos habían hasta entonces sostenido, en que fué una empresa paciente y metódicamente realizada, de la cual tomará modelo Carlomagno para la conquista de Sajonia. Pipino empleó, al par que la fuerza de las armas, la política, reconciliándose con la Iglesia, formándose un partido entre los aquitanos y hasta mostrándose muchas veces clemente con los vencidos durante sus terribles expediciones.

El rey, que estaba enfermo cuando partió de nuevo para el Norte, detúvose en Tours á fin de hacer limosnas y de rezar á San Martín para que atrajese sobre él la misericordia divina. Llegado á Saint-Denis y comprendiendo que su muerte estaba próxima, mandó llamar á los magnates eclesiásticos y laicos con el objeto de repartir en su presencia y con su consentimiento sus Estados entre sus hijos. De Bertrada, hija de Cariberto, conde de Laón, tenía dos hijos, Carlos y Carlomán, y una hija, Gisela, que fué abadesa de Chelles: Carlos obtuvo la Austrasia, la Neustria al Norte del Oise y la Aquitania, excepto la provincia eclesiástica de Bourges; Carlomán recibió la Borgoña, la Provenza y la Septimania, la Alsacia y la Alania, la Thuringia, el Hesse, la Neustria al Sur del Oise y la porción de Aquitania que no entraba en el lote de su hermano. La parte señalada á Carlos comprendía el Norte y el Oeste del reino franco; la de Carlomán se extendía al Sudeste (1). Pipino confirmó allí mismo los privilegios de Saint-Denis, y algunos días después, en 24 de septiembre de 768, murió á la edad de cincuenta y cuatro años, siendo enterrado, conforme á su voluntad, en la abadía.

Pipino había llegado á ser uno de los primeros personajes de la cristiandad: el califa de Bagdad le enviaba presentes y solicitaba su alianza contra los árabes de España, y Desiderio, el sucesor de Aistulfo, casi era vasallo suyo y había sido elegido «con el consentimiento del rey de los francos y con el parecer de sus magnates.» El emperador Constantino V, después de haberse mostrado muy descontento por la donación del Exarcado á la Santa Sede, había entablado negociacio-

(1) Respecto de este reparto, que ha sido muy discutido, consúltese Kröber, *Partage du royaume des Francs entre Charlemagne et Carloman I* («Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1877, pág. 341), y Longnon, *Atlas historique de la France*, página 45.

con Pipino y hasta se había tratado de un matrimonio entre Gisela y el hijo del emperador. La Iglesia de Oriente consintió en aproximarse a la de Occidente, por mediación del rey de los francos, habiéndose celebrado en 767 en Gentilly un gran concilio «para tratar de la Santísima Trinidad y de las imágenes de los santos.» El papado seguía solicitando de Pipino ayuda y consejo: Paulo I, hermano y sucesor de Esteban II, le escribió participándole su elección; Constantino II, nombrado ilegalmente, le expuso las circunstancias de su elevación al solio pontificio y le suplicó que le protegiera, y Esteban III púsose en relaciones con él «en los comienzos de su ordenación» y le pidió «obispos instruidos y versados en las divinas Escrituras y en los santos cánones» a fin de restablecer el orden en la Iglesia romana. Inmediatamente partieron para Roma doce obispos francos que representaron un papel importante en el concilio de Letrán de 769. El papa prodigaba a Pipino las más lisonjeras alabanzas, le llamaba «su defensor después de Dios» y le ponía «por encima de todos los reyes.»

«Todo el pueblo sabe, dice un contemporáneo, por cuáles triunfos es honrado ese muy noble vencedor, cuánto ha extendido las fronteras de nuestro imperio, con qué lealtad ha organizado en su reino la religión cristiana y todo lo que ha hecho para la defensa de la santa Iglesia cerca de las naciones extranjeras.» Pipino tuvo más claramente que su padre la intuición de las cosas que llevó a cabo; continuó la obra militar de Carlos Martel, dejándola terminada en un punto, a saber, la Aquitania; entró en relaciones íntimas con el papado y volvió a crear, por decirlo así, la Iglesia franca. Pero la fama de Carlomagno ha perjudicado a la suya; ya el monje de Saint-Gall denunciaba a Carlomagno el silencio lamentable de las «historias modernas» sobre «su muy belicoso antepasado Pepino el joven;» y quizás hoy en día sacrificamos aún demasiado su gloria a la de su hijo.

CAPITULO II

EL REINADO DE CARLOMAGNO (1)

I. Carlomagno y Carlomán.—II. Guerras de Italia y de Baviera.—III. Guerra de Sajonia.—IV. Organización de los países conquistados.—V. Las guerras en las fronteras.—VI. Carlomagno emperador.

I.—Carlomagno y Carlomán

Muerto Pipino, sus hijos se repartieron sus Estados conforme al acuerdo anteriormente tomado, siendo «elevados a la realeza» el 9 de octubre de 768, Carlos en Noyón y Carlomán en Soissons (2).

(1) FUENTES.—Las dos principales son: la *Vita Karoli*, de Eginardo, y los Anales regios comúnmente designados con el nombre de *Annales laurissenses majores* y *Annales Einhardi*, por más que, según parece, Eginardo nada tuvo que ver con su redacción. Los mencionamos ahora y para lo sucesivo a fin de evitar inútiles repeticiones. Los *Petites Annales* y los documentos de otra índole serán indicados oportunamente en los siguientes capítulos.

OBRAS DE CONSULTA.—No hay ningún libro referente a Carlomagno que satisfaga por completo. El de Vetault (1877) es mediano. Aparte de las historias generales de los Carlovíngios de

Este gobierno sólo duró dos años y no fué afortunado, pues los dos hermanos no se entendían. Pipino, al dividir entre ellos ciertas provincias, la Neustria y la Aquitania, de una manera contraria a la que había prevalecido en anteriores repartos, creyó, según parece, ligarlos más estrechamente el uno al otro por medio de intereses comunes; pero se equivocó, como pudo verse desde la primera empresa grande del reino, que fué una guerra en Aquitania (3).

En 769 un aquitano, Hunaldo, sublevó el país y se hizo proclamar rey. Algunos han creído que este personaje era el antiguo duque del mismo nombre que había abandonado el monasterio de la isla de Re; pero éste había muerto en Roma trece años antes. Carlos entró en campaña y en Duasdivas (4) celebró una entrevista con su hermano, cuyo apoyó solicitó; mas en vista de que Carlomán se negaba a ayudarlo, porque la rebelión no alcanzaba a la parte de Aquitania que le pertenecía, reunióse en Angulema con sus contingentes y máquinas de guerra, avanzó hasta el Dordoña y construyó el castillo de Fronsac, cerca de Libourne. Hunaldo se refugió en la corte de Lupo, duque de los vascones, y el rey ordenó a éste que le entregara su enemigo, pues de lo contrario «volvería a Vasconia y no saldría de allí sin haber puesto término a su desobediencia.» Lupo entregó a Hunaldo y a su esposa a los emisarios francos y se encomendó al poder del vencedor, «poniendo también bajo su amparo la provincia que gobernaba.» Carlos regresó a Francia con su prisionero.

El antagonismo entre los dos hermanos púsose de manifiesto en una grave cuestión política: Carlomán era favorable a los lombardos, cuyo rey, Desiderio, le llama «su amigo;» Carlos, en cambio, se inclinaba al papa, tanto que en una capitular de 769 ó 770 se titula «Carlos, por la gracia de Dios rey y gobernador (*rector*) del reino de los francos, defensor leal de la Santa Iglesia y su auxiliar (*adjutor*) en todas las cosas.» La reina madre, Bertrada, quiso reconciliar a sus hijos, y después de una entrevista celebrada con Carlomán en Seltz, Alsacia, pasó los Alpes «con el propósito de hacer la paz.» Su proyecto consistía en casar a Carlos con una hija de Desiderio, Deseada; pero el papa Esteban III protestó contra «esta unión diabólica» y conjuró a los hijos de Pipino a que imitaran a su padre y escogieran esposa entre las bellas jóvenes de su país, en vez de unirse con «esa raza de los lombardos, la más pérfida, la más repugnante de todas, que nunca había sido incluída en el número de las naciones y de la cual había salido la lepra.» Bertrada, sin embargo, triunfó y Carlos renunció

Warnkönig y Mühlbacher ya citadas, mencionaremos únicamente Abel y Simpson, *Fahrbücher der fränkischen Reiches unter Karl dem Grossen*, dos volúmenes, 1883-1888.

(2) «Respecto del nacimiento y de la infancia de Carlos nada he encontrado en los libros y no hay al presente nadie que pretenda saber algo de ello; por esto he creído que era mejor no decir nada.» Así se expresa Eginardo, el contemporáneo y el biógrafo de Carlomagno. Todo lo que sabemos acerca de la juventud del rey es que nació probablemente en 2 de abril de 742 en una localidad cuyo nombre ignoramos; que a los once años recibió al papa Esteban II en Quierzy, que en 761 y 762 acompañó a su padre en la guerra de Aquitania y que al año siguiente fué recompensado con algunos condados.

(3) Véase Bladé, *Fin du premier duché d'Aquitaine*, 1892.

(4) En la confluencia de los dos Divs (departamento del Vienne).

a Himiltrudis, muchacha franca de la que había tenido un hijo, Pipino el Jorobado, y se casó con Deseada en 770.

En 4 de diciembre del año siguiente murió Carlomán, siendo enterrado en San Remigio de Reims; Carlomagno entonces marchó a Corbeny, cerca de Laón, adonde fueron a encontrarle los leales de su hermano, quienes se unieron a él, particularmente Adalardo, el abad Fulrado y el conde Warin. Posteriormente el monje anglo-sajón Katuulfo escribió ingenuamente a Carlos que Dios le había otorgado un favor especial haciéndole nacer en la dignidad real y primogénito y quitando de este mundo a su hermano Carlomán.

II.—Guerras de Italia y de Baviera (1)

Después de la muerte de su hermano, Carlos repudió a la lombarda Deseada; por otra parte, Gerberga, la viuda de Carlomán, fué a refugiarse con sus hijos en la corte de Desiderio. De suerte que la política de la reina madre, Bertrada, quedaba abandonada. Desiderio era un adversario temible: antiguo duque de Toscana, extraño a la real estirpe, manteníase desde hacía diez y siete años en el trono, a pesar de la hostilidad de los duques lombardos, en otro tiempo sus iguales. Su ambición se cifraba en terminar la empresa, tanto tiempo hacía comenzada, de la conquista del territorio romano y constituir en Italia un reino parecido al que los francos habían establecido en la Galia. Muerto Pipino, se dedicó a la Italia central, apoderóse hasta de las ciudades que habían sido entregadas a Esteban II y opuso a todas las reclamaciones «la resistencia de un corazón endurecido.» Habiéndole intimado Adriano I, sucesor de Esteban II, la restitución de las tierras usurpadas, contestó ordenando al papa que consagrara reyes a los hijos de Carlomán, «esperando con ello, dice el biógrafo pontificio, introducir la división en el reino franco, enemistar a Adriano con Carlos y someter Roma y toda la Italia a su poder.»

Adriano entonces se dirigió al rey de los francos, suplicándole «que socorriera a la Iglesia de Dios, a la provincia romana afligida y al exarcado de Rávena, como lo había hecho Pipino, su padre, de santa memoria.» Carlos, después de haber invitado por dos veces a Desiderio a que restituyera «todo el patrimonio del Apóstol,» convocó al ejército franco en Ginebra y hacia el mes de septiembre de 773 entró en campaña. Aun entonces hizo nuevas proposiciones de paz a fin, según parece, de salvar los escrúpulos de los francos, que no querían la guerra con los lombardos, y sobre

(1) FUENTES.—Los documentos francos mencionados al principio del capítulo. Las vidas de los papas Esteban III y Adriano I en el *Liber pontificalis*, tomo I. Pablo el Diácono, *Histoire des Lombards*, edición Waitz, 1878; en los *Scriptores rerum italicarum*, que forman parte de los *Monumenta Germaniae historica*, en 4.º. Radbert, *Vie d'Adalard. Codex carolinus*. Jaffé, *Regesta pontificum romanorum*, tomo I, nueva edición, 1885.

OBRAS DE CONSULTA.—Gregorovius, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, tomo II. Breyton, *Remarques sur les causes qui ont facilité la conquête franque en Lombardie*, 1890. De Par-touneaux, *Histoire de la conquête de la Lombardie par Charlemagne*, dos volúmenes, 1842. Malfati, *Imperatori e papi in tempi della signoria dei Franchi in Italia*, 1876.

Dahn, *Tassilo III in Baiern*, 1895. Kniefel, *Sturm des Tassilo*, 1875.

todo los de los magnates que, habiendo sido sus fiadores en la negociación del matrimonio con Deseada, temían la acusación de perjurio y amenazaban al rey con abandonarle. Desiderio niegase a toda concesión, y aunque había fortificado las Cluses, su ejército, al aproximarse los francos, huye presa del pánico; enciérrase entonces en Pavía, ante la cual llega «sin efusión de sangre» Carlos, quien dejó allí la mayor parte de sus tropas y marchó a poner sitio a Verona, en donde se habían refugiado Gerberga con toda su familia y Adalgiso, hijo de Desiderio. La viuda y los hijos de Carlomán se rindieron al monarca franco, sin que nunca más volviera a saberse de ellos; en cuanto a Adalgiso, había logrado escapar. Después de esto, regresó Carlos a Pavía, desde donde dirigió la conquista de las ciudades situadas allende el Po.

Seis meses hacía que duraba el sitio cuando, ante la proximidad de la Pascua, el rey de los francos partió para Roma acompañado de numerosos obispos, abades, duques y condes, haciendo su entrada triunfal en aquella ciudad el 2 de abril de 774. Por orden del papa, los jefes del pueblo habían salido con sus banderas hasta el burgo de Noles, y cuando el cortejo no estuvo más que a una milla de distancia, Adriano envió al encuentro del rey a las corporaciones y a los niños portadores de ramas de olivo, tras de los cuales iban las cruces y los estandartes. Carlos bajó de caballo y se encaminó a la iglesia de San Pedro, bajo cuyo pórtico le esperaba el papa rodeado de su clero y de la multitud del pueblo, y subiéndolo los escalones, que besó uno a uno, tomó la mano del pontífice y entró en el templo, mientras los sacerdotes cantaban: «¡Bendito sea el que ha venido en nombre del Señor!» El día 6 de abril, el notario real, Etherio, redactó una nueva donación más amplia que la de Pipino, la cual fué depositada en la tumba de San Pedro. Después de haber visitado Roma y asistido a las ceremonias pascuales, regresó Carlos a Pavía.

Poco a poco habíase ido haciendo el vacío en torno de Desiderio, de quien se habían separado los duques. La ciudad se rindió a principios de junio de 774 y el rey lombardo, hecho prisionero con su esposa y su hija, fué conducido a Francia y terminó sus días en un monasterio, probablemente en Corbie. Adalgiso se refugió en Constantinopla, en donde el emperador le nombró patricio, y Carlos, después de haberse apoderado de los tesoros reales, tomó en 5 de junio de aquel año el título de rey de los francos y de los lombardos.

Entonces se vió que pensaba seguir una política distinta de la de su padre. Pipino no había ido a Roma y el papa seguramente no había deseado su presencia en esa ciudad, como tampoco había invitado a Carlos, cuya visita le causó gran sorpresa; Pipino, además, no había tomado la corona de los lombardos y Carlos sí, y el papa no podía ver sin alarmarse que los francos reemplazaran a los lombardos y sentaran su planta en Italia. Prevefáse, pues, una mala inteligencia entre la Santa Sede y «su defensor leal.»

Por otra parte, los lombardos no estaban enteramente sometidos: Araquis, yerno de Desiderio, se mantenía independiente, é Hildebrando, duque de Espoleto, intrigaba con los pequeños duques de Friul y de Chiusi, Hruodgaudo y Reginaldo. Una vez fuera de Italia